

Ramón Buenaventura

EL ABUELO DE LAS HORMIGAS<sup>1</sup>

(1984 - 1985)

---

<sup>1</sup> Madrid, Hiperión, 1986.

*Libros Tauro*  
*[www.LibrosTauro.com.ar](http://www.LibrosTauro.com.ar)*

TARDUS GRAVITATE SENILI

Ovidio

«Aquí me tienes, Lucio, traída por tus súplicas. Yo, madre de la naturaleza, señora de todos los elementos, progenie inicial de los siglos, suma potencia de los dioses, reina de los manes, primera entre los moradores del cielo, rostro uniforme de los dioses y de las diosas, que con una señal regulo las cumbres luminosas del firmamento, los vientos salubres del mar, los silencios llorosos del infierno. Cuyo numen único, con multiformes aspectos, con cultos variados, con numerosos nombres, en el mundo entero se venera. Aquí los frigios primigenios me llaman diosa madre de Pesinunte, allí los autóctonos áticos Minerva Cecropiana, acullá los chipriotas que el mar agita Venus de Pafos, los sagitíferos cretenses Diana Dictina, los trilingües sicilianos Prosérpina infernal, los eleusinos vieja diosa Ceres; otros Juno, otros Belona, Hécate éstos, Némesis de Ramnonte aquéllos, y los dos tipos de etíopes que moran donde sale el sol, y los egipcios, versados en doctrina antiquísima, que me rinden culto con ceremonia propia, me conocen por mi auténtico nombre de reina Isis.»

Apuleyo, *El asno de oro*.

«Yo soy la Triple Diosa de la Vida, Señora de todos los elementos, Ser Primigenio, Soberana de la Luz y de las Tinieblas, Reina de los Muertos, a quien todos los dioses están sometidos. Yo gobierno los cielos estrellados y los tumultuosos mares verdes; la tierra versicolor y todos sus pueblos; las lóbregas cavernas subterráneas. Innumerables son mis nombres. En Frigia soy Cbele; en Fenicia, Asparté; en Egipto, Isis; en Chipre, Reina Ciprina; en Sicilia, Prosérpina; en Creta, Rhea; en Atenas, Palas y Atenea; entre los piadosos hiperbóreos, Samotea; Anu, entre sus atezados súbditos. Otros me llaman Diana, Agdistis, Mariane, Dindimene, Hera, Juno, Musa, Hécate. Y en las Caballerizas del Sol, en el extremo más alejado del Mar Negro, a la sombra del imponente Cáucaso,... me llaman “madre de la cabeza de pájaro”, o “Brimo”, o “La Inefable”...»

Robert Graves, *El vellocino de oro*.

¡Oh Madre, Razón y Maternidad del Mundo!  
 Tú eres el Ser Primordial,  
 Madre de incontables criaturas,  
 Creadora de los propios dioses, incluso de Brahma el Creador, de Vishnú el Conservador, de Shiva el Destructor.  
 Oh Madre: cantando tus alabanzas purifico mis palabras.

*Tantrasara*.

«Not as a god, but as a god might be.»  
 Wallace Stevens.

NEC TOTA TRISTIS LOCUS IN URBE EST.  
 Ovidio.

## I

Hay contemporáneos tan antañones, que en algún tenue enganche de sus memorias persisten recuerdos del tiempo remoto en que fueron criadas las hormigas; esas bestezuelas atarantadas y minuciosas que arremolinan ordenadamente sus sabidurías colectivas; esas bestezuelas enfrentadas al hombre, que podrían detener la naturaleza en la mejor trabada de las jerarquías fabriles, si las dejasen a su mecánico albedrío; esas bestezuelas que nunca supieron guarecerse de lo insólito, porque sólo imaginan el invierno.

Cierto antiquísimo contemporáneo, cuyo nombre civil qué nos importa, era conocido entre los lugareños por un venerable y receloso mote, que empujaba a paisajes de sabana y sol rojo los topes de su vejez; le llamaban *el abuelo de las hormigas*, y daban por averiguado que aún escondía entre sus rehalas, en un lejano huerto inmune al gavilán, unas cuantas de aquellas hormigas de Etiopía Occidental que abultaban como perros de ayuda y que cribaban las arenas auríferas con sus aparejadas extremidades.

Mentía le leyenda, como suele, facilitando el mito: el viejo abuelo de las hormigas jamás había poseído un predio. Residía por comarcas ajenas, en terrenos prestados, entre colores para otros ojos. Estaba retirado del azar, y su tiempo querido era la noche:

Le queda un hondo resplandor  
 en la mirada;  
 tal vez caricias en los dedos;  
 y  
 su presunción de santidad.

Vive en una de las tres o cuatro o cinco ciudades del mundo en que se están almacenando las opciones humanas de la Historia, mientras crece, por todos los alfoces y suburbios, la tierra gasta de la aniquilación. Unas de las tres o cuatro o cinco ciudades del mundo en que quizá la Historia haya injertado sus menudos gajos de posteridad. Una de las tres o cuatro o cinco ciudades del mundo en que el futuro se auspicia con la milenaria lentitud del hombre.

Entrañas como calles.

Madrid, villa ocupada.

Por los pequeños bárbaros, por esos recientes contemporáneos que deben de ser hijos de alguien.

## II

Como todos los hombres con los ritmos curtidos y sensatos, el abuelo de las hormigas era muy dado a los discursos dentro de la orgía —y al arrebató y la frivolidad en las tertulias sabias.

Fue en casona robusta, con los cimientos hondos y charcales de estirpe en los espejos; muros recalados de sangres cernidas.

Los invitados y pretendientes pisoteaban las músicas que se les arrojaban. Y

dijo el abuelo de las hormigas  
en el salón de las largas candelas:

«Margarita: recemos  
por los dioses; y no,  
no conservo canciones coreables.

Todo lo mío ya está dicho,  
por demás escuchado;

yo soy  
un colectivo de mitologías:  
a partir de cualquier de mis células  
se podrían clonar las multitudes  
en que crecí.

No obstante,  
llegan pequeños bárbaros cuyo padre no soy,  
aunque lo fuera; llegan  
con los tímpanos lánguidos  
y un borujón de chips en las neuronas.

Gentes  
de memoria prestada,  
creyéndose que viven mi vida antes que yo.  
Muñequitos inflables.

Sin embargo,  
¡nos queda tanta gana de baile y de oración!

Piensa,  
piensa en la noche,  
piensa en los gatos pardos de la tribu.

Esas mínimas horas  
las hicimos nosotros, Margarita:  
a copas, a yerbas, a muslos,  
a ciclostiles y esperanzas: ¡chist!  
No dejes que babeé la palabra esperanza:  
lo nuestro fue un error

bastanteado por el tiempo. Pero  
¡qué bien nos lo bailábamos!

Así

de nuestra escuela, claro,  
pasarán al archivo  
coreografías memorables:  
*musical aburrido con números espléndidos.*

Estas mínimas horas de trocitos nocturnos,  
horneados, crujientes,  
las hicimos nosotros, Margarita:  
los espectros de hogaño,  
los dioseznos danzantes al rock-and-roll de las cavernas,  
Los que ocultamos libros subrayados, llenos de anotaciones, en  
asendereadas maletas,  
los que montábamos todas las semanas una nutrida bolsa de orá-  
culos repetidos,  
los que apurábamos todos los viajes, para ver en qué ínsula ocu-  
rría lo justo...

Comprendes,

Margarita:

los tontos,

los rosados

retoños de las flores con los puños en flor;

los que legitimamos

el corazón concreto de los chamarileros

que nos ocupan la ciudad

(con sus tabancos de antigüedades

recién pilladas en nuestras casas).

Aunque sí, Margarita, querida, por supuesto:

*fúimos indispensables.*

Y ¡qué noche,

qué noche, Margarita, la del día

en que volamos bajo por Castilla!

Burbujeo de ostras con perlas de champán.

Era el final de nuestros ripios

de señoritos bulliciosos.

Pero no lo sabíamos

y festejábamos.

Esto, ahora, es Madrid; el Barrio:

quien lo anda nos pisa

huella por huella.  
Le somos fieles, aunque en tiempos  
quisimos traicionarlo con el aire  
semental de las mulas.  
¿Os acordáis de Ibiza, del campo y el zaguán  
avituallado de cojines,  
de las paredes blancas y la ventana azul?  
El mucho arroje cobra ofrendas  
y algunos se olvidaron los mapas en las nubes  
(las sirenas son todas  
iguales que Penélope;  
los espejismos pintan Ítacas).

Lo cierto, sin embargo, es que no faltan muchos  
por retornar  
a la villa que amamos con muy mal disimulo.  
Atiende, Margarita:  
tras tantísimo cuento recibido,  
qué fácil es tomar por lucidez  
la dejación de los afanes nobles.  
¿Ves aquel perantón que gesticula esloras,  
queriendo deslumbrarnos  
a fuerza de girándulas bancarias?  
Tiraba piedras a los grises:  
ha puesto tenderete de anuncios caribeños.  
¿Y el de los secos abazones?  
En la cárcel política le dieron santo y seña  
de dineros alpestres y rapés en los Andes.  
Se enriquece y blanquea.  
No las busques:  
La que llamé *profeta de los ojos melados*  
se barajó las mientes en sus propios augurios.  
Y el hada soñolienta  
chapulla los susurros en alcohol.  
Es dilatada  
la relación de víctimas  
entre aquellas muchachas de la mirada crespada  
y la cadera apoyadiza.  
Las que tuvieron suerte  
hallaran ingeniero a quien limpiar las costras.  
Las que no,  
dejan su cuerpo en brazos

de la casaca roja del duque de Edimburgo.

Otras han encontrado la pareja ideal,  
el mayordomo que anhelaban.

Pero las más son las mejores: siempre  
los matices frondosos de la mediocridad  
son lujo masculino.

Pongamos ese idiota  
que remeda los modos  
de los machotes mercaderes  
con su *máster en márquetin*:  
mira qué porte  
mandibular,  
mira qué intensos ojos  
de película virgen,

y mira, sobre todo, qué corbata tan seda.

Trabaja, como los enanitos de Blancanieves, pero no ha protegido nunca a Blancanieves. Virote culón de poltronas blandengues y fraternales, va sobrellevando su estolidez absoluta mediante el rutinario uso de las dotes de mando persistentes, campechanas, cazurras (de pilarista). Ha perdido la punta de los sentidos; la inteligencia se le parcela en resúmenes e informes balbuceantes; su criterio es el rango, la más principal fazaña; el protocolo le indica quién ordena mejor. Juega contra los hogares de los hombres con el retozo de deber cumplido del niño que asesina a un soldado de plástico (salvo que el niño goza, y él frivolatea). Sus ojeadas marcan, encima de las mujeres, un rastro de limaza.

Tiene un sicario, retaco de chaquetas circenses —la calva al buen sombrero—, que le suele alcanzar los puñales.

Forma parte del grupo de encuaderna los cambios.

Callemos, ay, las bajas:

contemos las cabezas que boquean.

Nacho dobló por fin los treinta años,  
presumiendo de téntigo, de seducción y arritmia.

El muerto se solaza en el suicidio,  
reciclado —se dice— a hereje fe cristiana.

Las gemelas tranquilas,  
tan afinadas por la disonancia,  
tienen novios cabales, separados,  
y con sentencia de divorcio.

Se quedaron sin huellas por echarnos cariños  
(cicatriceras de legión disuelta)

a unos cuantos canallas,  
corsarios de ternura,



chatarreros de encantos.  
Luego los locos se desnudan locos,  
disfrutando del hacha,  
haciendo mala leña de sus propios destronques.  
Y tú, que no existías,  
Gretchen,  
Margarita,  
tienes tu fausto a punto de vejez.

Ya no somos amigos,  
no repartimos mesa ni rincón en la barra.  
Basta el saludo desde lejos,  
la palmada al cruzarnos:  
polvillo de entusiasmos como caspa.  
Cenamos una vez cada semestre,  
si se tercia;  
nos tropezamos por ahí,  
por el Barrio,  
en los templos de moda que, a las veces,  
por capricho,  
sacralizamos con las barbas:  
abrigaderos contra bárbaros.  
Y jamás nos echamos de menos.

Pero ¡quía! el copyright,  
pese a Dios, es tan nuestro,  
que seguimos en casa, por más que nos la habiten  
estos primiparidos,  
perillanes de brillo y seda cruda.  
¡El porvenir les pertenece,  
pero este siglo es mío, Margarita!»,  
dijo el abuelo de las hormigas,  
en el salón de las largas candelas.  
«Esperemos que el tiempo nos aguante  
sin la impaciencia ni la tozudez  
que nosotros pusimos en gastarlo.»

El sanedrín de refugiados y pretendientes atenaceaba sus charlas entre silencios de Mercurio que va olvidando el Evangelio. Persistía, no obstante, la fascinación de los candelabros sobre las ropas hermosamente desceñidas del cuerpo. En una luz grumosa, se respiraban todas las placentas.

El morro de la noche en el cogote, pidiendo mucho más.

## III

Nació el abuelo de las hormigas en población más vieja que él y que sus padres y que la enracimada multitud de sus abuelos; anterior a los hombres, quizá; fundación de los mitos, que allí la plantaron para señalar la hazaña del continente partido. Sertorio destapó en uno de sus alcores (¿recuerdas, yanqui, la noche de abenuz, en la que no cabían las estrellas?) el esqueleto de un gigante de sesenta codos.

Ciudad con el mar en el buche y un antebrazo apoyado hacia Hispania (esa orilla desértica que se divisaba en los días de acicalador Poniente —y el faro de Tarifa, alcahuete que tienta con su guiño).

Hubo una estela de piedra en la cual se relataba, sobre dieciocho versículos, la verdadera historia del lugar. Los portugueses la hallaron en una mezquita que nadie, en nuestro presente, recuerda, pero que fue construcción singular, fabricada con madera de Leres, fragante y bien labrada, en todo similar a la del cedro.

Leída por personas inteligentes, y una vez traducida al ondulante castellano, el abadir arábigo decía:

*Loado sea el Profeta, cuya fe nos alisa el contadero angosto y empinado que sube al Paraíso. Loado quien valdrá por nosotros en [...] cuando [...] puestos entre las manos del poderoso Alá, asistamos desnudos a nuestra propia medida [...]*

*A la hora alquibla del día jumá, que desbrava los afanes y rebalsa las fuerzas, en somo del monte Sidreste, Dios pasó por el pecho del Profeta estas veras palabras:*

*Almutuhad anduvo por el jardín celeste y atisbó barruntos del conocimiento.*

*A su regreso dijo: moriréis; en tal consiste la sabiduría entera. Iréis de vientre en vientre: deal-'Uzaa a Manat y de Manat a al-Lati; de la Diosa a la Diosa y a la Diosa.*

*[...] De modo que llenaron las moradas de Tánger veintisiete mil vecinos, gentiles que adoraban al sol cuando salía y se humillaban ante él hasta que les llegaba al hombro derecho. Atalayaban las cancelas del mundo. Mil años ocuparon la fortaleza y sus albarranas.*

*Todos tenían ahuchados, en los cofres hondos de sus saberes, olvidos de la Diosa blanquísima.*

*Al cabo del milenio inicial, Asefos, rey de los almotamínes, juvenil y hervoroso, [...] cercar la ciudad con abarualá de guerra. Los tangerinos resistieron tres años, porque los ríos fluían para ellos, y porque los delfines les acuadrillaban, con el alba y al gesto de la luna, cumplida arribazón de albacoras y atunes en el puerto.*

*No obstante, la violencia [...] doblegó [...] Trescientos sesenta años reinaron los almatamínes, [...] la luna envejecía [...] la fe en las mareas se cifraba en cantares de poetas secretos y nocturnos [...]*

*Desde Túnez [...] los anabalínes [...] armada que blanqueó la bahía [...] Se apoderaron del alcázar sin combate [...] Su májsten duró trescientos años.*

*Vino luego Xeddad [...] rey de la gente nómada que no para mientes en el orto del sol [...] que entregara las llaves a Tánger, en la que ansiaba desembarcar. Andaba requiriendo una proeza, mas los anabalínes rehuyeron la lucha y se zafaron de sus casas*

*A Xeddad [...] en su almunia de Tánger [...] le acaeció un sueño [...] su cuerpo, sin dejar el mundo, gozaba del Paraíso Terrenal [...] Y, tres años después, escuchado el último de los exploradores regresados, Xeddad tomó ánimo de amadrigarse lejos del mar, en una arrizafa llamada Aramadalina Alemón (o acaso Irama Dati el Aaimád), idéntica a la algaida del Paraíso.*

*[...] Quedó Tánger bajo la luna, sola y de plata y rendida. Dos arroaces o delfines gemelos trenzaban, de uno a otro mar, la gloria de la Diosa Trina.*

*[...] matrimonió una hija del Rey Ester con el rey Abdalá [...] alboroque de nupcias la medina lunar [...] donde vivieron once años y les nació Deasia [...] la desposaron con [...] nombrado Aygoneo. Tánger y su territorio fueron ajuar [...]*

*[...] tuvieron una hija, que llamaron Tángera, porque era blanca, con el cabello de rizos violeta [...] Hércules fue su segundo cónyuge. Matador de Anteo, último hijo de la Diosa Blanca. Domador de rebaños. Agrio desamigo del Océano.*

*Hércules, el gran revolvedor, el que jamás desistió de la búsqueda de su amado Hilas, atrapado en la fuente, pasó a conquistar el Estrecho de Gibraltar. Especio, su sobrino, derrotó a los alteos [...]*

*Quiso Hércules que su sobrino Especio reinase en Isba-*

*nia [...] le ganó la furia y la saña de Tánger, quien se levantó, con Solimán, contra su esposo. Entonces fue Hércules a refugiarse en Ceuta, bastión de su lid familiar. Solimán, sin embargo, pasó por Ceuta y tomó la Isbania a su primo Especcio, con gran algozaría; e hizo de la ciudad de Ceuta llave de la península, por los siglos: en ella se sostuvo para derrotar a muchos reyes, y todos lo rindieron honor, de la Agarvía a la Ajarquía.*

(Evoquemos la muerte —regia y atroz— de Hércules a crueldad de su heredero. El sol, aquel día, apareció por el extremo más meridional del amanecer; nubecillas sedosas, alumbradas desde dentro, como manzanas de Hera. Embriagaron al héroe con vino mulso, muy cargado de miel; luego, con la cabeza llena de dioses y de ríos hundidos, lo condujeron al interior del círculo que doce piedras trazaban en torno a un roble. El árbol, aparrado por diestros podadores, tenía la forma de una T, y junto a su tronco se alzaba un altar de piedra. Allí colocaron a Hércules en la posición denominada *los cinco dobleces*, que consistía en ligar muñecas y tobillos a la altura del cuello. En seguida comenzaron sus propios camaradas a darle de palos, hasta que perdió el sentido. Tras lo cual pusieron a despellejarlo, para luego abacilarle los ojos, cercenarle las partes y empalarlo con rama de muérdago. Por fin, atarazado en cuartos, lo dispusieron sobre el ara.

Una vez repartida la sangre del héroe entre los concelebrantes que de ella se consideraron dignos, agavillaron, con las ramas del roble y con su tronco recién desarraigado, la pira funeraria. Uno por uno fueron arrojados al fuego los despojos de Hércules, cuidando de conservar a salvo los testículos, el falo y la cabeza. Éstos fueron embarcados en un pequeño navío, que engolfaron al mar —y cuentan las crónicas que arribó al islote en que habrá de aguardar la resurrección el hijo de Alcmena.)

*Solimán avasalló la tierra entera por ochocientos años [...] se rebeló contra él uno de los romanos, de gentilicio Alcanse [...] Los romanos, cuyos caminos eran incontenibles, tendieron un puente sobre el Estrecho de Gibraltar. Y Solimán, luego que oyó que el puente estaba encabezado, huyó con su alcavera.*

*[...] vinieron noticias de unos judíos [...] creían en la muerte del hijo del sol y no en los esposos de la Diosa Tri-*

*forme [...] poseyeron Tánger.*

*Ciento ochenta años más tarde [...] Mahoma [...] redimió las tierras blandamente donadas a los judíos.*

*El almocaden moro que ganó estas comarcas [...] fue Yacub Almansur, señor de la Agarvía a la Ajarquía.*

*Él nos ordenó que hiciéramos este letrero en árabe, trasladado de otro, en lengua caldea —o lengua con la memoria rota—, asentado en la piedra.*

Ésta, según la inscripción, es la primera Historia de la ciudad de la luna.

La que nadie defiende, excepto sus primeros moradores; la que todos conquistan abandonada.

Moros, lusitanos, ingleses y españoles la fueron apresando en siglos sucesivos; como mareas que suben por donde bajó la marea; siempre con la luna a punto de ponerse en Malabata; siempre con Malabata a punto de trabarse en España.

Siempre espectáculo para los delfines que esperan, impacientes, el retorno de la Diosa que brotó del mar —y que se esconde acaso.

## IV

«Ahí [en la ciudad de Tánger], cerca de la Fuente Grande, se ven dos estelas de piedra blanca que llevan grabada en letras fenicias y en la lengua de los fenicios una inscripción cuyo sentido es: “somos los que hemos huido de la faz del ladrón, Josué, hijo de Nave”».

Procopio, *De bello vandalico*, II, 10, 13.

«Tangia, llamada por los portugueses Tangiera, es una gran ciudad antigua, edificada ampliamente, según falsa opinión de algunos historiadores, por un señor llamado Sedded [Xeddad Ibnu Aad], hijo de Had, que —según ellos— tuvo universal poder en todo el mundo. Quiso construir una ciudad similar al paraíso terrenal, haciendo los muros de bronce y los techos de las casas de oro y plata, enviando a sus mensajeros a cobrar los tributos por todo el mundo...»

Juan León Africano, *Descripción de África*.

Sumidas las raíces en la matriz del monte,  
 frontera bautismal de raza vieja,  
 pestillo del Océano hasta el Cielo,  
 remata la ciudad, en Espartel, la roca  
 desde la cual, a suertes, en los días más claros,  
 se puede ver la muerte para siempre.  
 Grito verde del sol.

A los nudos del mundo se arriba con pasado,  
 porque todos los númenes, buscando cumplimiento,  
 se apiñan a la vera de la cuna  
 de quien vuelve tocado por la Diosa.  
 Piden sólo un destello, la chispa que señala  
 el cambio de testigo y el mensaje.

Cabe que gastes años  
 en el destierro negligente  
 de una villa segura, con las aguas cautivas,  
 lejos de fuentes y riberas,  
 lejos del cerro con las piedras santas.

Pero tarde y temprano  
 ha de citarte el mar, para que encares,  
 hecho vapor de noche, la ciénaga lunar  
 que tapa los infiernos. Será entonces  
 cuando sepas quién eres y qué pasos son tuyos.

De la brasa callada revivirán tus lenguas;  
pues aquello que nace en la zona sagrada  
es un altar del hombre ardiendo hombre.

El abuelo de las hormigas ha vivido y vivido una exageración  
creciente de alunaduras. Primero, tal vez, en Ad Mercurium,  
sin hilo por las cloacas romanas, entre serpientes y alacranes  
que quizá fueran ciertos: la Diosa Blanca vespertina le tendió  
salvación por un resquicio. Luego, siempre, en la bahía, tem-  
bladera de platas acribilladas.

En Delfos, con un musgo de oráculos sobre las rocas, y el peso  
total del Poniente apoyado en el Ponto.

La luz fósil sobre Mojácar.

El campo negro, por San Carlos, y un caldero de luna sazónada  
en que hervían deseos, tras el breve horizonte.

El perfume de la dama de noche fluyendo lánguido y espeso  
desde lo alto de la tapia, en Alcazarquivir.

Fosforescencia de Aaicha Jandicha, patas de cabra, arrebuja en  
el cejo de neblina, junto al arroyo de cañaverales; vigilada por  
el cuarto menguante, no se atreve a raptar al hombrecillo.

Tantas.

Finalmente, al acecho, en el vasto balcón del amigo poeta, frente  
a su rada (barcos oscuros acudían a hacer acopio de agua in-  
corruptible).

## V

**Razón** para vivir esta ciudad ofrece:  
no qué mirar ni qué admirar  
—mecánicas y símbolos—:  
razón para tomar la vida y ejercerla  
a empellones o tiernas caricias como impulsos.  
Razón para notarse con ganas de ser dios  
o poeta. Razón  
para crear un nombre en cada cosa.

Está, como Manhattan, con las magias pendientes  
del gesto que las viva; nadie le ha puesto el mito  
concluyente, ni nadie  
la ha soñado cabeza de un imperio de sueños.  
Es pura voluntad en busca de sus héroes.

Hay ciudades azules, como París, y rojas  
como Londres, y ocres,  
como Roma; Madrid  
es  
transparente y espera.

Todo el color de nuestros ojos.



## VI

Este queridísimo cetáceo imposible varado en el terraplén de La Mancha no aporta, sin embargo (que a los hombres nos conste), leyenda ninguna. Se habla de osos y se fantasean etimologías húmedas y feraces en pos de su nombre —tratando, según medios torticeros, de acoplar con el agua lo que naturaleza tiene trazado para representación de lo seco. (Su árbol emblemático no se valora en el calendario druida. El oso negro es una osa, y por ende relumbran en su escudo las siete estrellas de la Ursa Major.) Nabucodonosor plantó por estos lares un arco lujoso, conmemoración de incumplida visita. Los espartanos pusieron dragones. Se proclama —hoy, ya, hasta en tapias dibujadas y escritas— que sus murallas eran ígneas: ¡como si no supiéramos los sitiadores veteranos cuánto el pedernal relumbra contra el ataque!

Un rey, recién reconquistado de los moros el ameno paraje de colinas perdigadas de canchos y encinares, exclamó:

—¡Buen sitio éste para criar gorrinos!

Pero es que las ciudades inocentes están obligadas a edificarse lejos de la Historia.

Las tres o cuatro o cinco ciudades del mundo en que se están almacenando las opciones humanas de la Historia, mientras crece, por todos los alfores y suburbios, la tierra gasta de la aniquilación; las tres o cuatro o cinco ciudades del mundo en que quizá la Historia haya injertado sus menudos gajos de posteridad; las tres o cuatro o cinco ciudades del mundo en que el futuro se auspicia con la milenaria lentitud del hombre.

Entrañas como calles.



Dicen las enciclopedias que Berlín fue fundada en el siglo XIII para mayor comodidad de los mercaderes en sus desplazamientos. La parte ahora un relámpago de maldición guerrera; está, igual que las medievales *letras por ABC*, esperando que sus mitades se ensamblen para cobrar el sentido completo. Pero Berlín no ha creado un solo dios.



En 1626, un holandés llamado Peter Minuit compró la isla de Mannahatta, por sesenta guílderes en baratijas y tela, a la Liga India de las Cinco Naciones. La zona (*isla apoyada en rocas, cuya orilla baten sin cesar las olas, alegremente, yendo y viniendo con prisa* —tradujo el poeta natal, mucho más tarde) no era de singular interés para los Mohawk, ni para los Oneida, ni para los Onondaga, ni para los Coyuga, ni para los Senecas. Y Nueva York no ha creado un solo dios.



El 15 de mayo de 1788, el capitán Arthur Phillip envió un despacho urgente al Home Secretary, Lord Thomas Townshend Sydney, anunciándole el descubrimiento de uno entre los más desembarazados y hermosos puertos naturales del planeta. Lo primero que hicieron los británicos fue sentar un cuartel en tierra firme. Luego, en un sobrado rizo de imaginación justiciera, pusieron penitenciaría donde alojar delincuentes metropolitanos: prisión abierta de fuga indeseable. El hábil gobernador Lachlan Macquarie la convirtió en población de respeto, con ayuda de Francis Greenway, arquitecto que cumplía condena por falsificación. El lugarón que es Sydney luce palacio de la ópera navegando en los muelles, con el velaje albo tomando el viento de hormigón. No ha creado un solo dios.



Además de Berlín, de Nueva York, de Sydney, de Madrid, hay otras posibles ciudades inocentes. Una con topónimo santo en la cual se cosechan sexos infrecuentes. Otra donde se enfrentaron a los españoles unos feroces indios, insensibles al terror del caballo. Otra que baila sus propios colores. Presencias despuntando sobre Oriente. Atisbos en África.

Más allá del porvenir inmediato, la intuición advierte que el próximo *mare nostrum*, después del Atlántico, será el Océano Pacífico.

El orto de las nuevas edades está marcado siempre por el florecimiento de una o varias ciudades inocentes; las que recopilan los nuevos delitos —para incurrir en todos ellos— y alcanzan el

desenlace de sus crónicas entre tormentas de Destino.

Conque, entretanto, mientras se fabrica la catarsis adecuada, los aborígenes de las ciudades sacras e inmutables han de encontrar amparo en las ciudades inocentes.

El abuelo de las hormigas dejó que le eligieran Madrid.

Tuvo que dedicar varios lustros a irse arrancado, con minucia, los brotecillos de la fértil memoria.

Un día, por fin, logró escribir:

*Los ojos se me han vuelto castellanos.*

Era mentira, pero ¡qué consuelo!

(Mientras sus esposos merodean bajo los tártaros ingenuos, la luna teje la resurrección: es un vestido de luz tornadiza para la Diosa Blanca.)

## VII

Con la franqueza leve y aldeana  
que da la sencillez del campo,  
puedo aclarar, quizá, los ojos:  
desde la varga de mi cerro veo  
(lejos, Moisés gentil, sin tribu)  
vuestra ciudad; vapores sucios  
y nubes derribadas  
como perdices muertas; todos  
se fingen ocre, los colores;  
el sol se pulveriza en su contorno,  
aliento desechado.

Tiene, no obstante, días limpios,  
más aseguibles al arrobo,  
cuando la luz le escarcha  
en relieves cerámicos  
los merengues hundidos:  
y responde al violeta de las albas con los rojos  
exactos.

Esas mañanas en que, desde aquí,  
está recién posada en las colinas,  
por realce del sol, tanto la amo,  
que se me antoja propia.

(Tuya es tu casa, acaso, forastero.)

## VIII

Antes, sin embargo, lentos días antes de haber discernido que toda resurrección reclama muerte, y que —además— la estancia en el infierno no puede ser lúcida ni retraído, sino perfectamente identificada con las sombras de los héroes locales, el abuelo de las hormigas levantó una coartada. *Cantabile* y tenaz:

En su tiempo, los niños  
se soñaban piratas a fuer de rebeldía,  
para salvar del tálamo con el alcaide malo  
a la doncella de ojazos lacustres  
y rubiamente ingenua.

Él añadió matices.

Se forjó calendarios inventados  
que lo hacían mayor;  
era el único hombre de una isla  
hundida en el Océano  
(con las leyendas por los genes  
alegaba ignorancia).

Alto, cobrizo, atlético: entre el mirar oscuro,  
le coruscaban lunas rotas.

Su única misión era encontrarla a ella,  
la muchacha blanquísima que endiosaba la Isla,  
en cuyos iris verdes se querellaba el mar.

Reunidos los dos sobrevivientes,  
algo —quizá la salvación del mundo—  
sucedería.

Una ilusión vulgar,  
falacia tras barrera.

Rastraba sin detalle, sin orden por países,  
sin rigor entre barrios ni en los parques:  
conoció prisioneras muy hermosas,  
pero nunca acertaba en qué divida  
pagarles el cuartel.

Mientras gozaban todas bajo el déspota,  
él se mesaba los pesares.  
Lamió las crisis del varón;  
agotó el repertorio:  
genio, verdugo, víctima, juguete

desastrado, triunfante, derrotado,  
cornudo, seductor, hermano, padre, hijo.  
Invirtió corazón en todos los negocios  
declarados en quiebra:  
no hubo bancarrota a la que él faltase.

Acumulando frustraciones,  
en una duermevela se le vino el vislumbre:  
no quedaba una sola pareja de su piélagos,  
sino millones de exiliados  
procedentes de sitios misteriosos.  
Ganó futuro y paraíso:  
guilla de camaradas aseguibles.

Qué pronto le dijeron: «Estás solo».  
Él replicó: «Mentís».  
Acaecía en fiesta con las guitarras tensas,  
donde el alcohol fluía por las hierbas del humo;  
un muchacho cantaba *a la neu*  
*hi buscaré un amic...* Colores  
y sonrisas trabadas en guirnaldas.  
Un honrado alborozo de luchadores rudos,  
por mano de cartel y de panfleto.  
Con libertad en los colmillos  
y hermandad en la piel,  
¿cómo aceptarse réprobo?  
No obstante, le insistieron: «Está solo;  
nunca has de ser de aquí, por mucho que endurezcas  
tus raíces;  
creciste en tierra blanda, descreída y lunar:  
tu fe no mueve ni tu propia sangre».

Habíanse enfriado las guitarras  
y la hermandad era una tribu hostil.  
Por sus puertas abiertas nadie entraba.  
Dejó de lado la apariencia  
de solidaridad  
y se marchó con prisa fugitiva.  
En la plaza una luna cobrada por los árboles  
no recordaba viudez ninguna.

El nene esquizofrénico lloraba  
la rabieta en su esquina  
(ojos marrones del color del barro  
y cabello marrón mediocridad).  
El nene esquizofrénico gritaba:  
«No me engañéis, decidme  
que os comprendo.  
He barrido tras mí todo vestigio mío.  
No tengo infancia ni primeras novias,  
no recuerdo las águilas, ni el Yébel esponjoso,  
ni sé del poder de los pinos,  
ni me he vuelto molécula entre el mar,  
ni conviví jamás con un erizo narrador de semillas,  
ni recibí de Roma una ciudad entera.  
Confieso que no existen los delfines  
y que la luna, si gustáis,  
es un queso manchego por magia ratonil.  
Yo soy mentira, pero amadme.»

El viento chifladero,  
las ventanas lejanas, estrellas contrahechas,  
la luna envilecida,  
la noche hueca, cobertizo  
en que dar de dormir al forastero,  
respondían:

«Renáctete, chaval, que te para otra historia,  
otro lugar, otro paisaje.  
Tu filiación dispersa no es de ley  
en esta Patria unívoca y voraz.»

El nene esquizofrénico lloraba  
con la mente partida entre las manos.

## IX

Ésta era la época en que el abuelo de las hormigas describía parábolas que él pensaba sutiles:

por cuyo cuadro de síntomas incluso los psicólogos más lerdos habrían podido diagnosticar una gravísima dolencia **a f r i c a n a** .

Evoquemos, por ejemplo, esa agujereada narración en la que alguien —protagonista—, *ornado de su mejor desnudo*, parte a la caza de las ninfas.

La nómina general de las ninfas, se supone.

*A lomos de un centauro loco y caprichoso, pero cósmico conocedor del bosque.*

¿Necedad? Ignorancia: ¡qué sabía de bosques quien aquello arrostraba! Ni de ninfas.

El narrador *aúlla* (es su verbo) que le falta color; que en un laboratorio de chapuza y aguántate le han echado a perder los negativos de la naturaleza; que no han filtrado bien

la dominante

invierno.

Toca al centauro destapar para él *una rojez larvada en el fofo rosigrís del horizonte.*

¡QUÉ BOBADITA TAN LIMPIA Y TAN ERRÓNEA!

El caballón hombruno, forzando el horizonte, le fabrica un anillo

h  
o  
r  
i  
z  
o  
n  
t  
e

que ajusta en su anular: centradas las perspectivas, trigales se vierten sobre el dorado vello de sus falanges. Dedos de pan llevar.

Qué risa: las palabras pueden resultar lisiadas para siempre, si no se esfuerza uno, con método, en aliviarles la congestión. Es el retorcimiento

juvenil lo que nos impide adivinar por qué ausencia se desangra el rey herido. ¡Campos de trigo sobre el dorso de la mano! ☞ Conviene que jamás persona alguna comprenda esta alusión. LA SOLEDAD NO DEBE PROCLAMARSE, PORQUE NADIE LA ESCUCHA CON FE.







*para cabecear un gesto casi humano;*

*—zancajear el primer pasillo a la izquierda, haciendo añicos con los tacones la quebradiza lámina de reposo dominical que dulcifica la moqueta;*

*—abrir la puerta de la gayola ejecutiva y observar que la secretaria se retrasa, puesto que la ventana sigue con el párpado bajo;*

*—encastrarse en el sillón de balancín y vuelta, machihembrar las piernas en el hueco ad hoc que suelen ofrecer los escritorios, tentarse el reloj, tratar de que nos alumbre en las mientes qué era lo que pintábamos en este sitio;*

*—levantarse, cerrar la puerta, echar la llave;*

*—llorar.*

*No porque hayamos consumido las últimas raspaduras de la otrora rolliza y sonrosada ilusión.*

*No porque ahora nos estén pestañeando sobre la frente las respuestas a todas las preguntas de nuestra adolescencia, y no logremos recordar qué puñetas habíamos preguntado.*

*No porque nos sintamos como en clausura y sin ventanas ante la comprobación de que nadie se interesa tanto por nosotros como nosotros y, por consiguiente, vayan a quedar en la inopia muchas de nuestras lúbricas bellezas recatadas.*

*No porque el sol llegue hasta el despacho por el jirón que flamea en la cristalera de enfrente, y haya sin embargo que redactar ese informe.*

*No porque la jornada se tenga que ir desmigando en una alquimia plebeya de neón, decisiones, reuniones, teléfonos.*

*No, ni por asomo.*

*Es un llanto residuo contra exceso de fin de semana.*

*Pero creedme esta profecía:*

*—las ninfas se impacientan;*

*—van a atacar;*

*—van a invadirnos, montadas en sus propias cabelleras;*

*—van a sorprendernos, vestidos, un lunes trivial, a las ocho en punto.*

**¡ C u á n t a  
p a l a b r e r í a !** El narrador, con todos los miedos oscuros en torno, lanza el grito infantil de la noche: que me salve mamá.

Es verdad que sólo las mujeres aportan solidez —ámbito, morada y realidad— a la vaporosa vida de los hombres.

Es verdad que la revolución que carga nuestras décadas no hace sino preparar el ansiado regreso de la Diosa Blanca, según el ritmo de la luna.

Es verdad que el aplastante triunfo de la generación precursora se viene basando, sencillamente, en el ladino empuje de las mujeres.

Las mujeres: nunca las fantasías placentarias de los frágiles varones. Las robustas mujeres.

Las mujeres:  
nunca las fantasías placentarias  
de los frágiles varones.  
Las robustas mujeres.

## X

Estos cantares:

Quizá  
quizá si el torbellino  
se hubiese estado quieto,  
el montón de hojarasca seguiría en su sitio.  
Pero barrer otoños  
no quita la certeza del invierno.

(La gracia no,  
que no,  
que no se hereda, no;  
que no se copia:  
que la gracia se tiene, muñecos.)

Hallaron el cadáver en un campo de trigo,  
donde el viento acamaba las espigas,  
entre cuatro amapolas  
de ardores velatorios  
y a la vera del cáñamo.  
Amortajado de su piel, noble a los ojos  
de los dioses más hombres.

Esto fue lo que tuve:  
esplendores biológicos  
y un amor imposible  
de explicar a las bravas, sin ternura.  
Dejaré dos anécdotas  
y un sendero de genes  
acaso poco transitable.

Esto fue lo que tuve:  
excesos moderados.

## XI

No muchos seres humanos, en la tierra, superan la vetustez del abuelo de las hormigas: unas cuantas docenas, tercios milagros.

El abuelo de las hormigas nació con los amaneceres del presente, cuando el mundo actual creó sus aborígenes.

Los niños que llegaron tras el intento de suicidio de una casta agotada; únicos terrícolas auténticos; únicos residentes legales sobre el planeta. Los restantes son dioses a olvidar.

El abuelo de las hormigas es tan viejo, que recuerda la juventud de los antepasados; tanto, que padece su peor achaque por añoranza de la niñez y adolescencia en tiempo ajeno.

Pero vence: el abuelo de las hormigas ha comprendido que sólo se puede añorar el futuro previo; desear que la Historia inaugure la infancia otra vez y que se rebobine hasta secuencias anteriores al estrellato de los amos de Dios.

Lucha, también, contra la tendencia a la *tabula rasa* y al manso salvaje que retoza por los verdes edenes. No se trata de destruir las técnicas, sino de que otras manos las empuñen; no es menester asolar los cementos, sino vivirlos al modo sabio. La evolución nunca ha retrocedido más que hacia la parálisis, pero sí caben, en vía derecha, esquinados virajes.

El abuelo de las hormigas se empeña en sus metas; incluso ahora, por refinados que sean los pactos de convivencia entre los pequeños bárbaros y los Señores viriles y estúpidos de prehistorias recientes.

Sabe el abuelo de las hormigas que los jóvenes mercaderes bárbaros ya no veneran fe ninguna, so capa de cinismo y elegancia y *comfort*; sabe que sus hermanos menores les abolirán la muelle indiferencia, el alerta oportunismo de la actitud.

Proclama, pues, el abuelo de las hormigas: «Mi siglo no finalizará sin habernos ofrecido un nuevo triunfo». Siempre que (omite el abuelo de las hormigas) los antepasados no logren sacar adelante sus liquidadoras trazas de desquite. Si ellos se imponen, nadie verá jamás el próximo milenio.

Están los pequeños bárbaros en el convencimiento de que les bastará la copia retocada de los modos y tiesas costumbres de los antepasados para apaciguar su llameante ceño. Y yerran: esos empedernidos hombres rehúsan morir sin llevarse la tierra hacia el fuego consigo.

No son ni nobles ni prudentes: criminales ancianos en cuyas

memorias las cicatrices se atrincheran. Como no han de vivir eternamente, como ven, con desespero y ansión, que el engranaje de sus dictaduras pierde impulso, digen el grueso punto final del estallido.

Antes la nada que el desorden.

El abuelo de las hormigas está ansioso de que los pequeños bárbaros averigüen hasta qué extremos resultan ineficaces las monerías y las carantoñas.

O tendrá que aprender a pelear, mezclado con los grupos de los hermanos pequeños de los pequeños bárbaros.

**XII**

**Pero avisa también el abuelo de las hormigas:**

«Allá abajo, por los campos que habrían podido ser mi patria, suele decirse que caballos y hombres abuelean; que salen más al abuelo que al padre.

»Cuando verdezca el siglo XXI, mala plaga de nietos — bendiciones lo eviten— arrasará las perspectivas hispaniolas, trocando en cagajón cuantos oros roce y parcheando la hondura bajo los pensamientos. Los importantes frívolos, de retorno en sus nietos.

»Mucha responsabilidad se nos ha de pedir, transcurridos tres o cuatro decenios (si nos recuerdas, y no son los humildes quienes ocupan estos pedestales), por haber aluciado tanto zote a fuerza de **negritas** saltonas, titulares a gritos, canonizaciones televisivas, mafias gacetilleras.

»¡La gran cultura de sarao y tres folios!

»Desbrozar nuestra época será tarea para eruditos con el olfato vigoroso, habituados a la permanencia en vastos basurales.»



**XIII**

«Toda bondad es melancólica»,  
dijo el abuelo de las hormigas.  
«No confiéis en los dioses alegres  
ni en las diosas dicheras.  
Cuando la vida pesa, lo ligero  
es una droga a muerte.»

Había un hombre joven,  
qué desove,  
tan verde y tan hialino  
como el viento hacia el mar  
cernido por los pinos.  
Chaleco, borsalino,  
clavel en el ojal;  
y la mirada anfibia de los ornitorrincos.

«Las odas  
se cayeron de moda.  
Hoy —por medrar— se cantan  
los diversos matices del ombligo;  
vivo y obligo:  
escuchad los retumbos de mi mantra  
y no entonéis conmigo, que los solos  
me cotizan más óbolos.»  
Dijo el abuelo de las hormigas:  
«La soledad es privilegio  
de idiotas y de artistas.  
Los creadores vuelven de sí mismos  
—desde el fuego o los hielos—  
con una aportación a la utopía.  
Y los idiotas no se mueven nunca.

Tú ya elegiste, amigo.»  
Era un chico bellissimo, con ese atisbo de muerte preparada —  
inminente o no— que tienen siempre las hermosuras varoniles:  
sumisión al ciclo lunar de las resurrecciones.  
Pero prefería que lo televisasen en directo.

## XIV

El abuelo de las hormigas sufre, sin candor ni martirio, la prevalencia de los negociantes entre los claros varones de su quinta. Lo apesadumbra que sean tantos los que practiquen, tensos y testarudos tontos —hijos mimados—, el insípido pasatiempo de mercar y vender con granjería.

No concibe que casi todas las cabezas de su edad (menos, quizá, las suficientes) se hayan concertado en calibrar el éxito sobre la posesión de bienes materiales (con los símbolos raspados, meros indicadores de clase en términos de estudio sociológico —objetiva y sin lucha, descastada).

Lo asombra, también, que no alcance general vigencia —entre aquéllos— el principio de que la alienación tiene que ser completa para remecer el goce.

«Yo trabajo para mi compañía veinticuatro horas al día, siete días a la semana», le dijo en domingo un esclavo orgulloso, que le había tomado el tienta a su misión.

El abuelo de las hormigas no se entenece por los vasallos lúcidos, pero les tiene lástima: morirán con las reglas del juego en los rezaderos labios, solitarios tahúres, sin haber asimilado la incongruencia de la muerte (las fichas obtenidas con terco entusiasmo no son canjeables en ningún mostrador, por nada; la vida pospuesta, en espera de premio, resulta al cabo, «una inquietud inútil»: celebración de la angina de pecho, único cierre feliz).

(Esa «inquietud inútil» en que desagua un libro es la peor condena jamás impuesta a generación alguna.)

El abuelo de las hormigas, sin embargo, odia a los siervos alegres y festivos; los que piensan que se manumiten con cuatro copas en la noche del viernes; con un automóvil de cuadrupedantes caballos; con un chalé de montaña o de playa; con lujos que no saben exprimir para el placer, ya que sólo conocen las fórmulas y los pedestres birlibirloques de sus oficios silenciosos.

Para subir hasta el deleite de la ancha humanidad es obligatorio ajetrearse antes, durante largos años, por estrictos ritos de la iniciación.

Un amigo del abuelo de las hormigas (aduzcamos la excusa de su introceable sometimiento al futuro) reúne telescopios arrinconados con que mirar las cumbres los fines de semana, desde su casa de cerca de la sierra. Es un triunfador tan ejemplar en su coleccionismo de cosas expiatorias, que la broma lo salva: desde

el valle, puestos ante el ojo por la lente, los picos son simple jactancia.

Con las orejas henchidas de viento.

Así, el abuelo de las hormigas considera que la actual tiranía de los mercaderes tiene agarrotada la evolución del cerebro humano desde hace más de un siglo: con preciosísimas excepciones, o momentos de epifanía, que amontonan piedras pasaderas para vadear los barros futuros; pero quieta y paralizada en un disparadero desde el cual, sin hacer tardanza, hemos de dar el salto hacia el hombre nuevo (si no preferimos retroceder a la extinción). Se está cumpliendo el ahora o nunca de la especie: ¿cuánto tiempo más vamos a seguir escuchando, sin movernos, los redobles del tambor que anuncia?

Por cierto: hay que sobrepujar el pudor; hay que volver a hablar del hombre nuevo.

Descifrar el sentido de los pasos.

Porque es muy peligroso que el mundo esté en manos de un corro de adultos infantiloides que juega a las finanzas y a la conquista de los atlas, con olvido de todas las solidaridades y todos los respetos.

Si alguno se enfada mucho, alguna vez, puede apelar a esa última baza de los niños enfermos.

La pataleta y el caos.

## XV

Durante una de sus estadas en la Isla que quiso matarlo y también lo salvó, con la brusca delicadeza de las diosas mediterráneas, el abuelo de las hormigas tuvo un amigo entre los antepasados; un vejancón que, habiéndose desgastado el nombre contra peripecias crueles, buscaba caridad bajo algún alias.

Se conservan dos hojas de papel cuadriculado donde el abuelo de las hormigas hizo la siguiente anotación:

Íbamos, con majestad desnuda que el sol horneaba (dorados reyes de la naturaleza, monos de tersas nalgas), el Mariscal y yo dando habitantes a la playa desierta. La mar servía viento, desde el hervor de escollos en lontananza; yo decía:

—En el Tzenín de Sidi Yamani compartía dormitorio con mi bisabuela materna. Me queda de ella sobre la memoria una caricatura de observación infantil: menudita y tiesa, escurrida de hombros: ojos (acaso azules) en lecho de arrugas, nariz de abrupto caballete, empujando por romper la piel. Un vilano del XIX, Mariscal, ansioso de besana en que sembrarse; mi vínculo personal con la guerra de Cuba y aquella España que se desmoronó, podrido el esqueleto, tal vez para nunca levantarse. Mujer cuyo esplendor no me pedirás que imagine, pero cuyas carnes, si acaso fueron tentadoras, debieron de excitar a los coetáneos del *turno pacífico* y la *prosperidad* indefinida, fenómenos que, como tú sabes, ya se nos extravían en la gruta de los milenios, llegados de otra edad, dioses de una mitología que no deseamos acoger, que ha perdido las onomásticas y los atributos originales... Pues bien, Mariscal Saporrotundo: fue semejante viejecilla quien me entregó la bomba atómica. Tú, naturalmente, del cataclismo guardas recuerdos adultos. Para mí, es el miedo en el dormitorio, amadrigado dentro de la camita azul de madera, y la bisabuela Amalia leyendo en voz alta, noche tras noche, los reportajes del *España* de Tánger sobre Hiroshima y Nagasaki: el estallido, el hongo, la destrucción, los cadáveres, las huellas en las paredes, las mutilaciones horripilantes... Aquel piloto de las USAF que, protegido por los muros de su mazmorra, salió indemne del bestial barrido: encadenado a un poste en mitad de una explanada de escombros. Aún me lo reproduzco según los colorines y la perspectiva de las historietas: joven, rubio como Cuto o como Nyoka, parecido a un prisionero de los indios. Poco a poco, de los más repentinos abrigaños van surgiendo los sobrevivientes. Una madre que ni siquiera lleva en brazos el cuerpo de su hijo descubre al bello yanqui atado contra el tótem, con los ojos agrietados por

el espanto. Es ella quien tira la primera piedra: con las ruinas que la bomba creó —su bomba—, el prisionero de guerra norteamericano muere por lapidación en Hiroshima. ¡Qué apañamiento de la justicia en un solo individuo, Mariscal! (Qué raro que nadie recuerde esta leyenda.) Añadíanse, claro está, las predicciones de los sabios casandrinos: la nube de radioactividad que tataría el planeta, los cambios climáticos, el comienzo de una nueva era de desastres y plagas sin catalogar... Todas las mañanas, apenas la aurora se vertía en el cuarto, yo me precipitaba a la ventana, por si la nieve cubría ya mi templado paraíso de eucaliptos y chumberas. Pero los zocos de los lunes continuaban implacables.

No sé si te he hecho evidente, Mariscal Saporrotundo, lo que para mí, en este momento, resulta más significativo: este terror, marca de mi generación entera, no me lo estaban traspasando sus artífices (vosotros, según vuestros arrebatos de Europas imperiales), sino una garganta resquebrajada del siglo XIX, la viuda de un militar de Filipinas y Cuba, que ya había cerrado sus mejores ciclos cuando mis padres nacieron; una esposa derrotada en todas las guerras; una mujer cuya lógica de rigor consistía en obligarme a penetrar hacia la existencia —a guisa de pórtico oracular— entre dos columnas atómicas. Es decir, Mariscal: yo recibí el futuro, empavorecido, de manos del pasado, empavorecido también. Y mi presente, de hecho, jamás ha tenido que ver ni con el uno ni con el otro.

Respondió el Mariscal Saporrotundo, haciendo paradilla, como suelen los de su época:

—No, chiquillo; no, bisoño abuelo; por supuesto que no: mientras tú te ibas haciendo cargo de esa contraseña del porvenir (que ha de cumplirse o no), yo te fabricaba el aquí y el ahora, la verdadera tragedia. Mis camaradas y yo, deificados por los crímenes que acabábamos de cometer (o llámales proezas, que viene a ser lo mismo), tomamos la determinación de edificar un presente perfecto e inmutable, desde normas fijadas para siempre: los vencedores tienden a perpetuar las condiciones de su victoria. Aderezamos un mundo tan absolutamente nuestro, que no toleraba sucesores. Si hubieras encajado, si hubieras admitido la intangibilidad de la perfección, habrías podido terminar tus días, eterno forastero, en la Ciudad de Dios. Unos segundos antes de petrificaros definitivamente, tú, y otros muchos miles, decidisteis revocaros las señas de identidad y, por vuestra cuenta y a vuestro riesgo, os empeñasteis en recrearos. No os hemos dado raíces, chiquillo, sino leyes; pero quizá la tierra fuese virginal y reclamara, más que cepas o esquejes, simiente crecedera.

—¡Ay Mariscal, Mariscal: deberías haber escuchado pronto

tus propias palabras!

Eran los meses de María Nausícaa y el Teniente Tristán; de la yerba instantánea bajo el *pont del dimoni*; del *famelià* insaciable de comida o faena.

Sin embargo, el abuelo de las hormigas nunca se acomodó a la Isla, porque lo dejaban lánguido y sin nervio los devoradores de placentas, las semillas de petunia, las casetas de peón caminero consagradas al culto de Vishnú, la marihuana trenzada en ristras de nudos místicos (sin sabor).

El Mariscal Saporrotundo, con la quijada del asno todavía sangrante en la mano, trató de ocultar su vergüenza sobre comarcas cada vez más lejanas. Hasta que un día se consideró redimido por la aparente cancelación de su tiempo que la Historia ejercía por vía de apremio. Y tenía razón: ha regresado y goza de todos los privilegios de la edad.

**XVI**

De pronto, en exabrupto, el abuelo de las hormigas se alía con el panfleto (contra el porvenir bajo mínimos que nos introducen, única garantía del bienestar aristocrático):

«Rechacemos el peso de la Historia, atenuante —casi eximente— de todos los árboles genealógicos, de todos los pastizales de esclavos.

»La experiencia demuestra que toda revolución estructurada es imposible; o que toda revolución genera su propia necesidad de revolución posterior.

»La colectividad tiende al estanque, al posibilismo (mentiroso vocablo), al gesto de resignación, porque peor podría ser. El individuo, sólo el individuo, crea y contagia su creación a otros individuos —si cumple con su deontología artística, si no se apresura a enrolarse (en cuanto su nombre sale dos veces por los periódicos) en la corporación de los elegidos, en el sistema de los ecos cerrados. El individuo niega y rehace la Historia.

»Es menester un mundo de creadores que replantee cada día el orden de los estamentos; un planeta de hombres listos para la aventura de rechazar lo que reciben; una tierra de jefes en cuarentena.

»Un universo de artistas del cual irradia el zumbido enérgico de las tensiones creadoras.

»Ingenuo y feroz.»

**XVII**

Proveamos sin falta a la poda estacional de determinadas liturgias de la lujuria.

Todos los  
viejos que  
mueren a  
muslos de  
una hembra  
cumplen con  
la ilusión  
más viril  
del varón:  
fallecer

en lo blando del útero

de sus mamadas mamás amadísimas. No conviene el incesto, ni ninguna de sus burdas carantamaulas (el matrimonio burgués — amor agemelado—, máxima manifestación maternal; algunas homosexualidades).

El lazo sólo es noble entre esposos, fugaces o persistentes, que puedan encañonarse en los atolladeros de sus mutuos desconocimientos. De la insistencia en el riesgo nacen los mejores logros de las especies.

La seguridad es siempre incestuosa, igual que el egoísmo.



**XVIII**

Como la gema cumple  
su magia por la luz,  
así tus ojos por amor actúan  
las mejores miradas de su rito.

Sólo destellas hembra cuando macho;  
yo sólo macho cuando vibras hembra.

Todo amor está hecho de terminaciones nerviosas, y todo pensamiento es una corriente eléctrica que recorre un trazado de sinapsis.

Dios, seguramente, es el campo magnético del planeta.

Pero queda la Diosa, el misterio de la individualidad y del elegido.

**XIX**

A veces, por los espejos, acecha el miedo con movimiento de neblina;

      puede el azogue pintarnos  
      en los ojos presencias  
                          que no están:

      A veces, los espejos  
      reflejan cosas imposibles:  
un perfil incompleto, miradas que no alcanzan.  
      Es tu próximo doble, que te grita su turno  
      en el silencio liso del cristal.

A veces, por los espejos, el abuelo de las hormigas contemplaba una batiente sucesión de generaciones de sí mismo.

**XX**

La juventud, de trópico y verbena: que su frivolidad se temple en las sucesivas desdichas (por amor, por aprendizaje, por familia, por trabajo, por las ansias de autodestrucción que la naturaleza pone en los cachorros para menguar sus descaradas fuerzas).

Los jóvenes cabizbajos darán viejos furiosos.

Si los antepasados desean que la Historia termine en dispersión de átomos y nueva perdigonada de asteroides entre Venus y Marte, es porque no han consumado los propósitos de su juventud devota de bota reluciente y patria en pecho.

El abuelo de las hormigas sabe que está incurriendo en parecidas esperanzas de control.

Pero él, por lo menos, lo tiene bailado —y le consta que no es necesario, para que las músicas cambien, ir fusilando orquestas sucesivas.

**XXI**

**B**eben las rosas luz; también palabras.  
Hay en ellas silencio  
de roce clandestino,  
de miradas que evitan encontrarse,  
porque se citan en la flor  
y en su belleza vértice.

Consentidora.

Este desorden de tibiezas íntimas  
sólo es hermoso por el equilibrio  
ingrávido que traza, sin blanduras.  
La ligereza invita a la caricia,  
pero la rosa no,  
que toda es aire.

Aire, pues, no volumen.  
Entorno de callares.

El abuelo de las hormigas, no obstante su recia fe en el estrépito y en la bullanguería de la confraternidad, reverencia el sigilo de las rosas.

Respetar el culto del mutismo, de la quietud, que otras civilizaciones tienden como único puente hacia la salvación: lógica impecable —puesto que la perplejidad divina, siendo honrada, debería conducir a la parálisis.

Estasis o nirvana. Nula acción.

El abuelo de las hormigas, a pesar del acatamiento, cree en el cambio crecedero; es decir: en la comunicación de las hazañas, la gesta ejemplar y el asalto colectivo.

Las rosas en el búcaro, ojo del huracán, calladas; pero la mano sirve para prendértelas —e inaugurar tras ello una crepitación de percepciones.

**XXII**

Anatomías secularmente anatemorosas se protegen, vestidas de cuero, de algodón y de insignias, sobre altos coturnos y por las aceras familiares. Alguien ha maquinado, cuando a todos, ya, se nos antojaba imposible, nuevas maneras de aderezar el pelo para que injurie: desde el pulcro y flameado *soufflé* hasta el rapado militar con baticola astuta.

—Fuimos nosotros los que instauramos la necesidad de cambio permanente —dijo el abuelo de las hormigas—. Estamos, por tanto, avezados al choque. No nos asusta el modo, sino la intención: que la rebeldía cargue contra los rebeldes de siempre.

¿O acaso hemos dejado de ser rebeldes?

Son los pequeños bárbaros, recién llegados de los criaderos que, lustros ha, montamos en las fronteras con los desiertos.

Comprendemos ahora, mirándolos a ráfagas de timidez, por qué se remozan los uniformes, por qué los renovamos nosotros, al tomar la mano.

Hacen indecorosa la comunicación.

—Lo malo es que siempre, entre camada y camada, queda una enorme cantidad de datos que transferir —dijo el abuelo de las hormigas—. Me escuece en el cerebro lo que sé y no puedo contar: no están completas las iniciaciones o yo no distingo sus ritos. Alguien tendría que comérseme los sesos, cuando muera.

Pero lucimos distintos uniformes de generación; y está claro que no se nos debe ver juntos, ni por las calles ni en los lugares de esparcimiento.

**XXIII**

Os digo libertad, mamarrachillos,  
pulidos paladines  
de cucamonas heredadas,  
de volteretas que complacen  
a los antepasados.

Niños pecieros de la tradición sumisa,  
que buscáis coartada en la frialdad:  
lo único que exijo en mi recuerdo  
—larguísimo recuerdo  
que nos debéis a todos  
los que curvamos este siglo  
para enfilarlo al hombre—,  
lo único que exijo en mi recuerdo  
es libertad.

Que la carguéis en el escroto,  
que la cicléis en los ovarios,  
que la metáis en las memorias  
de vuestros genes y de vuestras máquinas,  
que no vuelva a nacer un esclavo en la tierra,  
animalitos tiernos.

La juventud en modo alguno  
redime lo mediocre.  
Ahora que la muerte trabaja en anchas técnicas,  
los rebaños no sirven; desceñíos  
de las camisas de cordura,  
del afán carroñero  
con que aceptáis el culto de los ídolos  
tallados por los viejos terroristas del orden.  
Pues el hombre sin límites  
es libre sobre límites ajenos.  
Lo único que os digo es libertad,  
aire de las ciudades inocentes.

(Procurad, no obstante —lo advierto con la suavidad a que obligan los redolores enconados—, que la libertad no se os embrolle con el cerrilismo, con el prurito de independencia insular.

He visto muchos seres humanos que vivían solos en la soberbia del ostracismo provocado; creyéndose libres cuando, en rea-

lidad, estaban retenidos por la menos flexible de las ligaduras: los cortos alcances del yo y sus angustias.

Fijaos en los ojos y en los gestos. Arriesgad el contacto.

El autismo es la peste de nuestro tiempo, la degradante aberración que nos puede convertir en monstruos sin naturaleza.

Conócete a ti mismo, si quieres; pero no hace falta que te especialices.)

## XXIV

El abuelo de las hormigas sigue callejeando por ésta de las tres o cuatro o cinco ciudades inocentes. Acaba de recuperar el recuerdo de su lugar sagrado de luna y de delfines. Entiende, por esa súbita vigorización de la genealogía, que su resurrección es inminente.

Se yergue un nuevo cambio: el momento en que todos los infiernos de la inocencia, a la vez, van a ponerse a borbotar en los calderos de la Historia.

El momento en que las tres o cuatro o cinco —o veinte— ciudades inocentes van a surtir las reglas de paraísos alcanzaderos.

Mientras, el abuelo de las hormigas ama a lo hondo esta ciudad en que concluye su rito de los justos. Campamento donde se refugian los nómadas que no paran mientes en el orto del sol. Carente de lindezas indiscutibles, de panoramas para cualquier visión.

Viva —mejor— bajo la noche.

En las larguísimas veladas de Madrid, del Barrio, el abuelo de las hormigas ha ido descifrando los acertijos de su transformación en hombre y, sin saberlo, de la reconquista de la memoria.

La cual, de cierto, es quien orienta los regresos a casa. Pero no se retorna sin haber partido.

El abuelo de las hormigas ha vivido en esta ciudad, lejos de la suya, muy hermosos trabajos colectivos. Ha contado, una por una, las contracciones; ha empujado el parto de su patria incipiente. Ha llorado la noche terrible de septiembre en que la sangre cuajada del alba iba a cubrir el cielo para siempre. Se lavó la inmundicia en los inmensos lagos de esperanza que trajeron las lluvias de un otoño.

En esta ciudad amó por grave error.

[Se recogió la falda con ademán notorio:

púdica

mecanógrafa en celo.

Bella,

lentamente,

como una variación del sol en una nube,

como el canto gremial de las ballenas,

como la luna en las terrazas. Bella,

con la falda entre índice y pulgar,



una carne  
de sombras,  
la caricia del pánico en los muslos,  
el grito cancelado de las corvas.  
Y las miradas del salón  
giran en dulce remolino,  
se desaguan tras ella en la lujuria;  
sin brillo ni gorgor,  
entre silencios,  
con la tierna impudicia mecanógrafa  
de la falda pinzada  
por el pulgar y el índice.  
Tan bella. ]

En esta ciudad, asimismo, por intercesión de una de las islas santas, fue aprendiendo el amor de fogata y de cueva de una mujer llegada de inocencias remotas.

de inocencias remotas

[Nada se nos parece, amor;  
nadie como nosotros; tú  
eres igual que tantas; yo  
no me distingo de cualquiera.  
Pero ¡qué portentosos  
en los ojos recíprocos!]

Al borde de la villa le crecen dos hijos con señas de luna.

**XXV**

**Dijo el abuelo de las hormigas:**

—Resurrección es fuente y es doncella; pero nunca olvidéis que todas las mujeres son vírgenes para sus propios cuerpos, para cada hombre. Sólo los machos enmadrados logran creer en el pordiosero truco del envilecimiento femenino.

Bebeos vuestra agua, pues; amad a vuestra doncella.

Preguntó una muchacha:

—¿Acaso tendremos nosotras que procurarnos un doncel?

Y replicó el abuelo de las hormigas:

—Vosotras no habéis muerto; por consiguiente, poco necesitáis de laboriosas resurrecciones.

En cuanto al amor de los hombres, amiga, anda con cuidado: el laberinto es la más cruel de las metáforas, la que debe evitarse. Teseo abandonó a Ariadna en las costas de Día, totalmente convencido de que había acabado con el Minotauro sin ayuda de nadie.

## XXVI

Está, para que nos llame la Diosa, nuestro nombre secreto; el que jamás pondremos a disposición del enemigo; el nombre por cuya mediación amamos y que, por ende, nos hace vulnerables e inmortales; el nombre que recoge los predestinos de nuestra infancia.

No cualquiera conoce su nombre secreto; no todos serán reclamados: ignorancia de sí mismo que condena a la falta de interlocutor, a la impotencia para la comprensión de la interioridad humana. Porque es nuestro nombre secreto quien da sentido, una por una, a las palabras del vocabulario. Alfabeto.

Causa de soledad es, por consiguiente, la privación de nombre ante la Diosa.

(No derramamos aquí hechicería, sino intuición; el saber milenario. Que nadie se equivoque.)

El abuelo de las hormigas registró su tristeza en una cinta, aquella mañana, mientras la luna diurna —blanca— hacía centinela en la terraza. Unas horas más tarde, cuando reprodujo lo grabado, escuchó en los sollozos su nombre secreto, dicho por humanísima lengua. La planta de las grandes hojas, que rozaba la palma de su mano, esbozó una sonrisa olvidada.

La salvación alborea siempre tras los primeros telones del pasado, sobre el recuerdo propio; pero no es menester aplicarla al presente con ánimo de futuro: en eso fallan las nostalgias. Toda inspiración sagrada (de resurrección) moja sus raíces en los criaderos de los genes; pero ahora somos acción, no apareamiento de posibilidades.

El necesario ritmo de nuestros actos tamborilea, seguramente, con las vocales del nombre secreto: la magia triangular de cantidad, acento y significado.

A cada forma toca su movimiento imprescindible.

El abuelo de las hormigas, que estuvo solo y que lloró, rara vez detectaba en los demás la tibieza del nombre secreto: nudo de pulsaciones, nuez.

No gustaba de intercambiar su vida con cédulas de identidad.

## y XXVII

«¡Burdo  
mezclador de mentiras!»,  
dijo el antiguo acólito,  
compañón de Utopía, de galanteo y charla  
en los años de grito y desnudez.  
«Repara en su ademán  
de veterano buscador de ejemplos;  
aún no ha comprendido  
que ya se terminaron las clases de retórica,  
los enfoscados de verdades,  
las esperanzas clavel reventón.  
Hemos arrellanado la cabeza  
—todos—, mientras él  
quiere ignorar la antología  
de peluqueros finos;  
que la barba se luce sin canas retorcidas,  
que vuelven a admirarse las corbatas,  
que para el tipo hay traje,  
que para el traje hay moda...  
Un poco abarrenado sí que está;  
loco de echar, de que no pase,  
de obligarlo a pagar ante todas las puertas,  
de que se rinda para siempre.  
Pero se empeña en saludarnos,  
como si coincidiéramos  
en un portal. Que no nos vea».  
«Vistísimos nos tiene»,  
replicó la hermosura  
de la blusa anchurosa y el escote aguadizo.

El abuelo de las hormigas cayó en la delicadeza de mirarlos sólo de soslayo, de cabecearlos al quiebro. Sabía que en aquel local tan suyo apenas si le quedaban amigos; que, una vez más, tenía por delante la grata tarea de ir sacando de sus escondrijos a los nuevos compañeros. No le importaba: estaban los bárbaros, los pequeños bárbaros queridos, los hermanos pequeños de los pequeños bárbaros.

Y esos augurios de porvenir inmediato que llegaban de la ciudad con luna. Pensó:

«Todas  
las canciones del viento son obscenas  
y tartamudas todas  
las guitarras  
que les puntean las trivialidades.  
La Diosa, mientras tanto, no ha olvidado a su esposo  
entre sus ciclos dilatados...  
Yo espero, sin traición,  
con el cubata puesto, con la voz al acecho,  
con una cazadora de cuero que hace el número  
qué sé yo  
de las que voy vistiendo  
según retorno de mi doble.  
Todo va tan vivido,  
que lo fácil sería  
multicopiarme  
para el futuro entero:  
los cuerpos son plantilla de otros cuerpos  
y se me vuelve la libido  
como una lengua idiota.  
Pero aquí estoy, a mano de la aurora.  
Fumo la misma marca de tabaco canario  
y llevo en la mirada las mismas intenciones.»

Acodada en la barra, una mujer bebía un líquido meloso.

Relumbraba en mitad de su frente, contra las lámparas de rosetones, un espejo minúsculo, que copiaba la luna: sujeto por dos serpientes con las colas enroscadas en la tierra, y rematado por espigas de trigo. Guirnaldas de flores flotaban por su abundante cabellera, rizada y prolija.

Se le reverenciaba el cuerpo a través del finísimo lino de la túnica, cuyo color la vista no lograba escoger: tan pronto rehilaba de blancura como viraba al azafrán, o se inflamaba en rosas. La capa era azabache, con aguas de brillos malignos.

Cosidas a la túnica de caudalosos pliegues, titilaban estrellas en torno a una luna crecedera. La mujer sostenía en la mano derecha un sistro de bronce, de cuya triple cuerda extraía sonidos penetrantes. En el dedo índice de la mano izquierda llevaba un anillo muy rubio, en forma de copa, por la cual asomaba la testa

de un áspid.

Se calzaba los pies, carnosos y suaves, con sandalias hechas de palmas trenzadas.

(«...traída por tus súplicas...»)

El abuelo de las hormigas no quiso mirarle a los ojos. No era el momento, todavía.

## HORMIGUEOS

EL ABUELO de las hormigas contesta cuando le preguntan:

«Duele que la concisión del lenguaje básico obligue a lo tajante; pero la respuesta es *no*: entre la literatura como va siendo ahora y la literatura como yo la deseo no hay suficientes plantillas comunes.

Habrá que volver a inventar el genio, de nuestra época y para el futuro.»

MARISCAL Saporrotundo:

«Hemos tratado de transmitir nuestra fe de carboneros. Entiéndeme bien: sin un ápice de mala intención. Nosotros poseíamos un tesoro. Ya no recordábamos de qué material estaba hecho, ni cuál era su significado; pero estábamos convencidos de su alto valor. ¿Cómo no pasar a nuestros hijos lo que estimábamos precioso, aunque hubiéramos olvidado por qué, aunque no nos quedara más que la disciplina tendente a la perpetuación? Lo único que vosotros comprendisteis fue que no habíais heredado nada. Ni el *mysterium* católico ni la predicación protestante. Si las sucesivas juventudes de los últimos decenios parecen unidas, en el mundo entero, es por la carencia de legado recibido, por la necesidad de forjarse otros dioses y otros símbolos. Pero no es posible improvisar una tradición, ni ocupar la ajena: no lograsteis creer en la felicidad terrenal (que era la nueva religión de Occidente, marxista o aristocrática), ni en el nirvana oriental. Según os llega la madurez vais acudiendo al viejo truco de los apóstatas: al egoísmo. Sólo la posesión del mundo hace feliz, y el mundo soy yo, y que les den por metafísica a los demás. Sin embargo, no tendréis más remedio que salvaros. Es vuestra única obligación ética.»

BELLA planta que el sol del tragaluz enciende: la oscuridad del cuarto se adensa y se comprime, temblona por las velas (cabecean al paso del asombro).

Fue aquella tarde del pecho mostrado en cortinazos occidentales de kimono nipón: carne que no está en los mapas, a recoger con la detallada paciencia del botánico; enhiestos hallazgos.

LA discoteca sin estalactitas,  
tan ginegética, tan uterina.

En la aljofifa de la noche,  
fragmentos sucios de apellidos:  
Aquiles, la tortuga; amor  
inútil en el ritmo doble  
que no coincide nunca.

Bailamos siempre de memoria,  
por fuerte que la música se empeñe.

El abuelo de las hormigas gusta de mirar los ojos jóvenes: su profundidad sin brumas, sus visos de creación reciente; su falta de sospechas de decadencia y óbito.

EN UNA costa de la prehistoria:

«Festonea la mar hoy un poco: las olas rompen en tres líneas paralelas, cándidamente inofensivas. A media milla, los tonos verdosos se tornan purpúreos. Indeciso poniente. Los bañistas mediterráneos arriesgan tímidos entrisales; los más, a profundidad de tobillo, contemplan el espectáculo como si fuera una suelta de ovejas bravas.

»No emplees la palabra belleza —quizá.

»Aquí, en el chiringuito, bajo la sombraja, rabea la brisa. Una horrorosa pareja se guarda en fotos, ella cubriéndose el nutrido estómago con las rodillas.

»Si no lugar de exhibición, la playa no es nada —acaso un ámbito de culto, pero éste requeriría soledad. En tal sentido, como en tantos otros, los jóvenes son admirables por su lógica: la gorda o el gordo en cueros se les antoja un insulto. Lo es, pero sólo desde el punto de vista verdadero. Nosotros, los que ya no estamos para concursos, somos el público no invitado; el satisfactorio contraste; la amenaza, el riesgo en que el joven no va a caer nunca. Yo tampoco iba a caer, claro; ni en este físico ni en otros muchos psíquicos en que también he caído. Lo triste, lo siniestro: el estado natural del hombre *no* es la juventud.»

A CÉSAR, pintor:

«Defenderse de la pantanosa desgracia mediante una borrachera permanente de humor resbaladizo y clichetero: fácil, de no pensar. Es seguramente posible alcanzar la ataraxía por el automatismo mental. Sospecho que así vive su vida la mayor parte de los seres humanos.

»Pero cambia y olvídala: siempre te engañó. No era ni es como tú la amabas.»



QUIZÁ por la ternura de su piel, leía el *Gandharva Tantra*: «nadie que no sea divino puede adorar con éxito a la divinidad.»

El abuelo de las hormigas logró dos frases entre las risas:

—¡A imagen y semejanza! ¡Qué vuelta de sentido!

Asuras en la arena.

«EL CUCO, criado en nido ajeno, por padres falsos, reconoce instantáneamente a sus congéneres, cuando los ve por vez primera. Toda esperanza es, por consiguiente, intuitiva; y todo tendrá cumplimiento.»

GERHART HAUPTMANN:

«Dichten heißt, hinter Worten das Urwort erklingen lassen.»

La poesía es aquello que hace resonar, en cada palabra dicha ahora, la palabra primera, la que creó la realidad.

Idea juvenil, pero cierta en algo: la videncia es oír.

SEGÚN Adolf Portmann (en busca del mínimo común denominador de nuestras vidas), hay varias fuerzas que no pueden estar ausentes de ninguna experiencia humana. A saber:

—la gravedad, el peso;

—la alternancia de luz y oscuridad;

—el alba, el crepúsculo, el sol;

—la luna y el cielo estrellado;

—el contraste en aspecto físico y esfera de competencia entre el hombre y la mujer;

—las fases de la existencia humana.

Añadamos el vaivén de la suerte, y tal vez quepa decir que nunca se ha escrito de otra cosa: la limitación, el cambio, el anhelo. Todas las metáforas.

ISHTAR, Ishtar, con la luna en brazos: Madonna, chère bellezza! Si sus entrañas son el laberinto, la oscuridad de su claustro materno es el miedo a la mente vacía.

Sólo la luna salva, vagina hacia la luz.

GÉZA RÓHEIM: «Todo lo que matamos se convierte en padre.»

—Ante tamaña exactitud —dice el abuelo de las hormigas—, sólo la reverencia cabe.

LA MUERTE del hombre sedentario y pacífico engendra resignación; la del hombre violento irradia magia. Nunca llegaremos a conciliar en nuestras mitologías radicales la caza y la agricultura.

El eterno retorno y el paraíso eterno.

EL TORO, con la luna en la frente, es el primer Tammuz: Adonis, Osiris, Jesucristo. Más antiguo, mucho más antiguo que el más épico sueño de inmortalidad.

SENTADO solo, junto al mar, meditando —con los pies en el centro de la tierra:

«Fulgen, arboladas de joyas, las cuatro laderas de la montaña del mundo.

»Al oeste se enredan serpientes sagradas.

»Al sur trabajan los gnomos en sus privados fuegos.

»Al norte bailan su torpeza los gigantes.

»Al este, los músicos de los dioses enubecen los sentidos».

Por ello los dioses vienen siempre del este, de donde, quizá, llegaron todos los mitos.

Occidente no es más que la tierra.

Qué hermosura.

HAY dos tipos de elogio: el que se coloca por interés y el que se arriesga como apuesta.

El elogio sincero es amor.

JUEGO sencillo de metáforas: el león, súbito, violento, es el presente; el lobo, que arrastra a sus víctimas para llevárselas, es el pasado; el futuro es el perro que, con su alegría, siempre está venteando una esperanza.

Así, más o menos, interpreta Macrobio las tres cabezas del dios Sol Serapis, que resplandeció en el templo de Alejandría.

La luna es remolino de todas las temporalidades.

DIJO la amiga:

«Luego de varios cruces desagradables y persistentes, tengo que plegarme al convencimiento de que el amor es el ansia de mera posesión. Mío, mío: no te distraigas de mí.»

El abuelo de las hormigas ignoraba si tan rotunda afirmación era o no cierta: mida cada cual la altura de sus límites.

Pero se quedó pensando que la falacia más elemental no podía

ser el amor, sino, precisamente, la posesión: nada es de nadie.

Los que con gozo permanecen juntos son aquellos que captan, en la ternura, el mismo ritmo.

TAN erguido y carnoso como el metal de Wagner a  
los dioses,  
el pecho se te asoma por la seda animal de la blusa  
y reclama atenciones de ojeadas al palpo  
(igual que hemos tocado la vida consagrada en un  
cachorro  
recién lamido vivo por su madre).  
¡Que no me curen  
del vuayerismo!

TODOS los hombres te escribirán poemas: en un vano intento de pasarte a limpio, de impedirte cambiar.

TEOLOGAL:

El panteísmo se despedaza en politeísmo cuando el hombre olvida lo que está adorando (todo lo que existe, y su propia persona).

Con el monoteísmo se intenta volver a la imprescindible unidad de percepción, pero no se consigue: como nadie comprende la clave (todo es dios), hasta las más refinadas religiones acaban troceándose en culto al figurón.

En este abaratamiento, el catolicismo es ejemplar: tres personas distintas, la madre, los santos (especializados en diversas gracias), los beatos, el Papa (*totus tuus*), los sacerdotes...

Una oferta magníficamente estructurada.

¡ESOS grandes espacios de los que el pensamiento vuelve siempre vacío!

Pero ¡cuánto os gratifican los huecos de la nada!

LOS SIETE ángeles que ensamblaron la creación sólo consiguieron un lastimero homúnculo: el pneuma viene de Dios. Esta misma opinión es la que hoy prevalece entre los hombres religiosos para fortalecer la divinidad ante la ciencia. El pneuma, el soplo. ¡Dios de detallito final!

LA LABOR unida de la mujer y el diablo nos abaja a la vida terre-

nal. ¿Con quién, por consiguiente, hay que acabar para conseguir el Cielo?

Otra espléndida conclusión: la mujer sobra en la Gracia.

FUE Tertuliano quien motejó a la mujer de «jauna diaboli», puerta del diablo. Tenía razón: el diablo, para todas las religiones viriles, es la vida.

Urgencia de que la realidad se extinga, para que advenga el reino de lo esencial.

De que nadie nazca, acabemos lo antes posible.

El abuelo de las hormigas era capaz de odiar ciertas nociones.

### DISONANCIA

Escribamos un libro para hombres:  
tierno y fugaz, como tus labios (los de todas) cuando  
estás a punto de besar a nadie —y casi  
sonríes desde el borde del sendero de hijos.

Mamá, mamá, con la faldita corta,  
el bikini o los pechos  
amamantando el sol. ¡Y cuánta luna  
en las nalgas, debajo del vestido de seda,  
mamá,  
mamá!

Por muchos hijos que te haga (a todas) nunca  
me serán suficientes: soy el padre  
del ballet funcional de las estirpes,  
mamá,  
mamá,  
qué poquito me engañas  
con tus píldoras raras y tus plásticos  
hincados en el útero,  
mamá,  
mamá,  
vas a seguir pariéndome cada vez que te mire la  
entrepierna.

Porque el dragón y el mago y la historia soy yo.

Mamá.

Te brilla la albatara cuando chasco la lengua,

y te empantanas como tierra dócil  
y afilas los pezones si te muestro la yema de los  
dedos,  
mamá,  
¡cuánta ansia me tienes!  
Yo te bailo.

SE NOS desteta demasiado pronto de la naturaleza, para pasarnos a las secas ubres de la sociedad... La idea es de Thoreau: breve y hermosa; pero quizá soslaya un hecho innegable: que nosotros, luego la sociedad, también somos naturaleza. Y, por otra parte, el hombre vive un continuo y creciente despegue del estado inicial. Tal vez esto nos conduzca al fin, como amenaza Thoreau; no, sin embargo, al «speedy limit» de que él habla: la rapidez no es tal; el proceso comenzó hace muchos miles de años, y es inherente a la existencia del hombre.

SIEMPRE hay una *Hypsipyla* entre las más atroces hembristas.

Pero, por fortuna para ellas, hoy casi nadie lee los textos verdaderamente esclarecedores: ¿quién era *Hypsipyla*?

«Algunas aseveraciones son tan arriesgadas», añadió el abuelo de las hormigas, «que es de rigor emitirlas en clave.»

TENER la constancia o el convencimiento de que alguien nos es tan leal como nuestra propia piel, como nuestros propios huesos.

Había tardes de sol cristalino en que el abuelo de las hormigas reflejaba la ingenuidad de su género.

SI EL MUNDO sigue entero, es porque la mujer no ha creído jamás en la existencia del hombre.

Sólo en la del niño que juega.

LA MUJER de los ojos temporosos y modernos, que llamean en el hondón de la gruta.

Esperanza de comprender y destensarse.

PUEDE que la existencia no tenga por objeto sino la creación de una mitología propia, acorde con nuestra propia experiencia vital; una mitología que confirme si no la necesidad, sí al menos la posibilidad lógica de nuestra aportación al conjunto.

«Si las religiones occidentales eligen el camino de la discor-

dancia entre el hombre y el resto del cosmos, prefiero la mitología que me integra», precisó el abuelo de las hormigas.

«Muchos y especializados dioses; acariciables hijos de la Diosa.»

QUIEREN crearnos un mundo en el que nadie pueda mover un dedo sin el consenso de los demás; quieren llegar a la Justicia por la inmovilidad; quieren alcanzar la igualdad por la falta de acción. Según ese camino, sólo vamos a la división del planeta en dos bandos iguales: la ciudad de los sumisos y la ciudad de los controlados. No se puede arrebatar al hombre, por protegerlo de todo daño o toda injusticia, la responsabilidad de la propia vida.

LA CLASIFICACIÓN tiene su ventaja: el amor a las cosas, a los seres clasificados, se sustituye por el amor a la armonía creada, al sentido que el conjunto otorga; lo cual limita el riesgo de encariñarse con el error individual.

EL ABUELO de las hormigas soñó un poema cuyo acompañamiento visual no padecía relación alguna con el texto:

Mama oropéndola volaba aerostática  
 por los espacios de la modernidad.  
 Colgaba de los ojos y pesábale  
 la ponedora rabadilla (pos-  
 modernidad he querido decir).  
 Mama oropéndola callaba muchísimo,  
 fiando en las esdrújulas  
 del viento sideral en su plumaje;  
 segura del espejo que llevaba en las patas,  
 fiel copiadore del gesto, el color y los trazos.  
 Mama oropéndola volaba aerostática,  
 sin propósito alguno en el boá.

El pájaro no reunía las características morfológicas de la oropéndola: tenía cuatro patas, el cuerpo bnganizo, la capa zaina; volaba maneado; pendía de feos globos multicolores.

Alguien, desde una cota, le disparaba.

El abuelo de las hormigas anotó su sueño, con la ilusión de que significara algo.

ASA GRIGGS CANDLER nació en 1851 y murió en 1929.

¿Nos burbujea algo este nombre?

¿Van las cosas mejor con este nombre?  
¿Son sus sílabas pausas refrescantes?  
¡Cielos! ¿No deberíamos saber todos quién inventó la coca-cola?  
Ni un solo monumento, en ningún bar.

PARÁFRASIS:

En Estados Unidos sólo conceden importancia al escritor de éxito (los demás constituyen el indispensable lodazal sobre el que se levantan las estatuas).

Para los franceses, todos los escritores franceses son importantes.

En Inglaterra no hay escritor que cuente para nadie: las Letras se mantienen a sana distancia del *pub*.

En España, antes de discutir importancias convendría explicar a la gente qué es un escritor.

Sobre todo a los profesores y a los pulposos críticos.

EPÍCTETO:

*Lee, si quieres ser lector. Escribe, si quieres ser escritor.*

Crueldad de griego.

SIEMPRE se escribe para alguien: para una persona concreta; casi todas las veces, para el joven que fuimos. Son muchas las excusas que tenemos que presentarle.

Los genios salen inocentes.

SÓLO para cumplir con los instintos más primitivos (hambre, sexo) se puede aceptar la satisfacción mediocre.

Delicias hormigueras.

A CASA nunca se puede volver; pero tampoco pretendas alejarte demasiado.

HAY UNA noche en que el tiempo, antes de doblar y repetirse, arría sus impulsos en reposo; noche sin inquietud, esquina de la eternidad y confirmación de sus límites confortadores; noche libre, durante la cual nos consta que todo es para siempre —y nosotros, mortales, también. No yo: nosotros.

Ahora y aquí la llamamos de san Juan.

En Ibiza, bajo el *pont del dimoni*, cerca de Santa Eulària del

Riu, brota una hierba negra de brillos metálicos, con rocío lunar.

El abuelo de las hormigas amaba a María Nausícaa con todo el borbor apasionado y optimista de los momentos en que, creyendo recuperarnos, amamos la memoria.

María Nausícaa le mostró el frasco en que Saporrotundo había guardado la hierba sanjuanera: «Dentro de poco, el Mariscal poseerá un *famelià*. Un geniecillo isleño. Cumple con todos los trabajos que le encomiendan.»

«Ah. Muy práctico.»

«Pero peligroso: el *famelià* no puede tolerarse ni un instante de pausa. Concluye de inmediato todas las tareas. Y reclama otras. Si no le das quehacer, exige comida.»

«Y ¿si no le das comida?»

«Puede destruir todo lo que posees y eres.»

El abuelo de las hormigas pensó que nadie, en la vida, tiene tantas misiones que cumplir.

El Mariscal Saporrotundo, sin embargo, logró que su *famelià* quedara extenuado antes del otoño: haciendo y deshaciendo, en ciclo permanente.

El genio no llegó a probar un bocado.

El abuelo de las hormigas no debería haberse sorprendido: ¿cómo ignorar la eficacia de los antepasados? Su probada y terrible capacidad para fijar el tiempo.

LA COMEDIA parece depender del protagonista porque la enfocamos a través de él.

Igual nuestra vida.

LOS SUMANDOS negativos configuran el resultado con tanta fuerza como los positivos.

Pero no los solemos tener en cuenta al calibrar los totales, matizó el abuelo de las hormigas, unos siglos después.

SON años limpios; tú conoces  
la frivolidad de las manchas,  
desprendedizas como lentejuelas.  
El escandallo de mi deuda es muy sencillo:  
todo, con todos los detalles.

HUYAMOS del misticismo.

En el amor es preciso trabar un vínculo con dos cabos visi-



bles; con dos cabos que uno pueda aferrar para ejercer luego el tirón violento que afirme la solidez del nudo. (Si ésta se busca.)

El nudo místico de los orientales, que carece de extremos, no puede afirmarse.

Uno se lo imagina blando, fofo.

LA MUJER «de otro mundo» que viene (¿de dónde?) y cura con su presencia (su ser un sueño, tal vez). Nausícaa, por supuesto;: que, además, trae la memoria.

Y, por una vuelta de tuerca casi definitiva, por el triunfo de las mitologías viriles, ¿no acaba Parsifal asumiendo la tarea de sanador del rey de la tierra gasta?

En nuestro afán por apoderarnos de las claves mitológicas, no nos avergüenza interpretar papeles que en las tradiciones primigenias se dieron a las vírgenes.

Divertidos machos que somos.

El rey es el esposo de la Diosa —de la tierra. Jesucristo, el de la iglesia. Tan abultada es la evidencia de que la divinidad se asienta en lo femenino, que no comprendo que casi nadie la vea.

Claro está: lo que pone hijos en el mundo es, sencillamente, Dios. Sólo el descubrimiento de la participación masculina en la génesis da lugar al nacimiento del dios masculino.

Entonces la mujer se convierte en tierra que fecundar... Para colmo, el hallazgo biológico coincide con el arranque de la escritura (de la propaganda). Hasta la tierra es estéril, ya, cuando el rey enferma.

EL REY suele delegar en un campeón (vestigio de este principio: también Jesucristo, campeón de Yahvé). Menelao y Aquiles. Arturo y Lanzarote. Marco y Tristán. Carlomagno y Roldán.

Nosotros, que llegamos tarde al mito (tronchados por los árabes), imaginamos un campeón (Rodrigo) que ha de exiliarse para llegar a rey. Porque los reyes de Castilla no eran cónyuges de la Diosa, sino simples descendientes de Bernardo del Carpio (el que venció a Carlomagno, según la propaganda castellana), y no tenían detrás auténticos mitos.

También es revelador que estos campeones tiendan a enredar con la esposa del rey (la Diosa). En el Cid, Rodrigo —ante la imposibilidad del regicidio— ha de matar al padre de Ximena.

El campeón traiciona siempre, porque conoce la verdad.

EL REGRESO al útero es la vuelta a la divinidad (y el coito un indiscutible remedio).

Pronúnciese en voz alta, dentro de las sábanas revueltas.

MUCHO se repite en la Historia, hasta el aburrimiento, la concentración del saber en los sacerdotes (que incluso prohíben la escritura, como los druidas).

En el mismo proceso nos hallamos hoy, aunque por razones menos sagradas: la ciencia se hace intratable.

Los grandes avances del conocimiento dejan atrás al pueblo llano.

De ahí la angustia revolucionaria: hay que robarles el fuego todos los días.

DOY POR cierto, por probado, por definitivo, que el lenguaje es la más derecha forma de mitología: que darse dioses es ponerse nombres y que, por ende, cada palabra es un dios que requiere, de sus adoradores, la indispensable aportación de fe.

CUANDO te susurran que el misterioso nombre de Dios es aquél que contiene todas las palabras, te están comunicando la verdad más honda y singular de la religión: el lenguaje es Dios.

LA METÁFORA —claro— está relacionada con la magia de la sustitución o cambio. Idea (lógica) de que las palabras (Dios) pueden cambiar de realidad.

La metáfora básica es la transformación de la imagen (realidad) en sonido (dios, nombre).

LA ÉTICA, como norma de conducta, es peligrosa.

En teoría, la costumbre (moral, ética) debería integrar un criterio casi perfecto para la valoración del bien y del mal, por sus profundas raíces (tradicción) y sus posibilidades de elasticidad al cambio.

En la práctica, no es así, porque la costumbre apenas si se ha aplicado en su pureza durante los últimos seis o siete mil años (al menos).

El derecho detenta el puesto de la ética; y en el derecho no cabe confiar, porque recoge los intereses del grupo social dominante (limados a veces por concesiones a otros grupos también poderosos, o peligrosos).

La equidad funciona siempre *inter pares*.

Mientras, la ética se nos ha ido troceando en un sentimiento interno, privado, casi intuitivo.

EL HOMBRE no existe, es un invento del hombre.

La mujer, por fortuna, está algo menos inventada. Hasta su artificialidad es natural: busca del encanto por medios físicos más o menos refinados; seduce manifestándose como sabe (con vieja certeza) que los hombres quieren que sea. El hombre seduce —si ha lugar— manifestándose como él mismo cree que se debe ser. La diferencia resulta brutal; el entendimiento, imposible.

Según semejante plantilla, el amor sólo puede durar lo que dura la «genitalización» de los afectados. Luego, la pareja, si persiste, acaba por entrar en el juego que verdaderamente conoce: el de padre e hija, el de madre e hijo, según los días y las personas.

De ahí que el adulterio se acate, a veces, con tanta naturalidad: porque yo quiero mucho a mi mamá o a mi papá, pero, caramba, ¿por qué no voy a echarme una novia o un novio?

#### EN UN DESCENSO GRAVE DE TENSIÓN:

Llegan los grandes rodadores  
y el monte es un insulto de retamas;  
el cielo desperdicia los azules contra los techos de los  
automóviles...

Por el brinco del oro en los escotes  
te prometo

que cortar es la única  
solución. La final.

La piedrecilla suelta del cerebro  
va tocando palabras en busca de la clave.

Su ruta es indecisa y fracasada,  
nula su magia, nulos  
sus recursos artísticos.

En la cueva no hay luz.

Cortar.

Alejarse la piel de las heridas.

Adiamantarse contra el ojo.

No pensar en los timbres. Concentrarse  
en el deber cumplido de la biología.

Creer en una mano.

En dos o tres palmadas.

Esperar que suceda  
lo que por fin nos quite el verbo  
de la vida.  
Cortar.  
Llegan los grandes rodadores.

A VECES  
el antebrazo pide pólvora y escopeta caliente; pesa  
la civilización contra la nuca, como  
bala de hierba que empapó la lluvia. Serenidad,  
serenidad y pulso liso. Memento mori.  
Recuerda  
que la vida se quiebra  
de tajo  
y se queda sin rima la asonante plantada; pero a corta  
distancia  
la palma de la mano pide caja y el índice  
la leve resistencia del gatillo. Recuerda  
que jamás matarás, pero que conste,  
que te conste este argayo de la sangre.  
Hay que estar vivo con la muerte al lado.

POETAS que tuvieron que esconderse el mundo en la bocamanga y que, para dejar de su paso huellas reconocibles, escribieron miríficas claves para iniciados o iniciadizos. No voy a dar un solo nombre: fue la época en que empezaba a atisbarse la posibilidad de referir los interiores. Ante la inminencia del milagro, la frustración se curaba con excelsas palabras.

Luego, poetas con ansia de realidad, vigorizados por la esperanza de que bastaba *describir* para que el lector comprendiese. Pero la realidad contada, neutra y sin juicio, es la más perversa de las claves; sólo interesa a quienes conocen el partido del escritor. Los demás ven obviedad y esfuerzo inútil.

Luego, poetas sin mundo que, además, preferían la ceguera. Hicieron crítica de Arte, de Literatura, de Música, en versos cada vez más batidos: glosas de monje con todas las anécdotas hurtadas a los libros y a las plásticas. Van muriendo por mengua de sangre.

DECLARACIÓN de guerra:

«Mi generación tiene el poder», dijo el abuelo de las homigas.

«Todo lo que se crea o se destruye es acción o reacción de esas gentes que nacieron cuando empezó la Historia.

»Mi generación, por consiguiente, es el enemigo.

»No volváis nunca a mencionármela.»

Ramón Buenaventura

Se dice o decía en el árabe de Tánger:

«Es tan viejo, que conoció al abuelo de las hormigas».